

nal para algún proyecto faccioso. Precisamente, dos meses después, como la intervención francesa en Roma había irritado mucho al partido demagógico, preparáronse manifestaciones á guisa de protesta. Los afiliados á la *Internacional* sentían mucho que se les acusase de complicidad con el imperio. Cuando se presentaban en los talleres, algo mejor vestidos que de ordinario, sus compañeros les preguntaban irónicamente «si la policía había pagado su ropa (1),» y la frecuente repetición de esas insinuaciones les mortificaba singularmente. La ocasión les pareció favorable para lavarse para siempre del reproche. Los que dirigían la sociedad no dejaron de asustarse un poco. Pero no se atrevieron á retener á sus hombres, y los más moderados se contentaron con no excitarlos. Estos, mezclados con algunos otros grupos, fueron en peregrinación, el 2 de noviembre de 1867, á la tumba de Manin, y, el 4 del mismo mes, se reunieron en el bulevar Bonne-Nouvelle. Una y otra manifestación pasaron casi inadvertidas. Sin embargo, tenían una significación muy clara: la alianza concluida en Ginebra acababa de ser ratificada en la calle.

La sociedad de estudios había vegetado; otra cosa fué la sociedad de combate. Las adhesiones se multiplicaron: la sección parisiense contó pronto tres mil socios (2). La propaganda se extendió á Ruán, á Lyon y á Marsella, con agentes oscuros, pero perseverantes y apasionados: estos eran Aubry en Ruán, Alberto Richard en Lyon, y el hojalatero Vasseur en Marsella. Desde las manifestaciones de noviembre, todas las sospechas se habían desvanecido, y la democracia radical ya no veía más que una aliada en la nueva institución.

Como la *Sociedad Internacional* no había sido autorizada, caía bajo el peso de la ley. El gobierno resolvió aplicar las penalidades legales á los que ya no esperaba contener ni atraer. Los miembros de la junta de la sección parisiense, en número de quince, fueron llevados ante el tribunal correccional. El 20 de marzo de 1868, comparecieron ante la sexta Sala. Hasta en los procesamientos el gobierno quiso emplear mucha moderación con aquellos que había tratado con miramientos. El ministerio fiscal había descartado el delito de asociación secreta para no retener más que el de asociación no autorizada. El presidente, Sr. Delesvaux, se guardó de toda observación irritante y, contra costumbre, no estuvo duro con nadie, ni con los acusados ni con los testigos. El abogado imperial, Sr. Lepelletier, siempre muy mesurado en sus reproches, se mostró hasta cortés. Trató á los acusados de «obreros inteligentes, laboriosos y honrados,» prometió revestirse de calma, de benevolencia casi, y cumplió hasta el fin su promesa. El fallo se resintió de la misma mansedumbre. La condena consistió en cien francos de multa para cada acusado.

Ni esa benevolencia, ni la amenaza de castigos más rigurosos no podrían contener ya á la asociación en la pendiente por que acababa de deslizarse. Al primer rumor del proceso, varios afiliados habían concebido algún temor. La recaudación de las cuotas habían disminuído. «No tenemos tiempo de pasar seis meses en la cárcel,» escribía un obrero llamado Mathón. Y añadía:

(1) Declaración de Heligón, pág. 539 (*Enquête sur l'insurrection du 18 mars*).

(2) Declaración de Heligón, pág. 540 (*Enquête sur l'insurrection du 18 mars*).

«Cuando uno ha visto 1848 y sus represalias, y 1852, tiene menos ilusiones (3).» Pero los cabecillas, los agitadores, lejos de asustarse, redoblaron en audacia. Una crisis interior que estalló en la asociación reveló ese estado de los ánimos. A consecuencia de los procesamientos, Tolain y sus compañeros, miembros de la junta de París, habían dimitido sus cargos: quizá estimaban que los cuidados de su defensa absorberían todo el tiempo de que podían disponer; quizá también algunos de ellos se sentían ya arrollados. Habiendo habido elecciones, la influencia pasó decididamente de los moderados á los facciosos: los nuevos miembros de la junta fueron el encuademador Varlin, el tintorero Benedicto Malón y los señores Mollín, Humbert, Combault, todos de inteligencia estrecha y de alma fanática. Para con el gobierno, la provocación era doble y rayaba en reto. La *Internacional* escogía, para afirmar su existencia por medio de elecciones, la hora misma en que una sentencia la declaraba disuelta, y cuidaba de indicar, por los nombres de los elegidos, que nada la aniquilaría. Desafiada, la justicia procesó á la nueva junta como había procesado á la antigua. Esta vez la indulgencia hubiera carecido de oportunidad, sin contar con que los acusados la hubieran repudiado. A guisa de defensa, Varlin leyó un largo escrito declamatorio y respirando odio, verdadera excitación á la guerra civil (4). Todos los procesados fueron condenados á tres meses de prisión, y encontraron en la cárcel de Santa Pelagia á los blanquistas condenados en los recientes procesos por asociaciones secretas.

En 6 de septiembre de 1868 se celebró en Bruselas el tercer congreso anual de la asociación. La propiedad individual, que había sobrevivido al congreso de Lausana, sufrió aquí un asedio en que sucumbió. La asamblea formuló el voto de que «las canteras, minas y ferrocarriles pasasen á ser propiedad de la colectividad social.» Juzgó además que la misma colectividad había de hacerse cargo de los caminos, canales y montes. Por lo que toca á la tierra, el lenguaje fué algo menos absoluto, como si la enormidad de la afirmación hubiese espantado á los innovadores. Con muchas circunlocuciones que revelaban el embarazo, emitióse el parecer de que «la evolución económica haría necesario el ingreso del suelo laborable en la propiedad colectiva.» Suelo, subsuelo, vías de comunicación, todo sería centralizado por el Estado, pero por el Estado regenerado. La explotación sería confiada á compañías agrícolas para la tierra y á compañías obreras para las minas, «único modo científico y racional.» Interin los «progresos de la ciencia y de la razón» permitían aquella confiscación total, la asamblea tomaba medidas de más inmediata utilidad, procurando multiplicar las sociedades de resistencia para organizar y sostener las huelgas. Proclamó además que no pudiese introducirse ninguna nueva máquina en las fábricas sin garantías ó compensaciones para los obreros. En medio de estos debates, las cuestiones políticas habían sido relegadas al segundo término. Al declarar cerradas las sesiones, Dupont, miembro del consejo de Londres y presidente del congreso, se encargó de recordarlas diciendo: «Lo que queremos

(3) Véase los debates del segundo proceso de la *Internacional* (*Gazette des Tribunaux*, 22-23 de mayo de 1868).

(4) Véase *Gazette des Tribunaux*, 22-23 de mayo de 1868.

derribar no es sólo el tirano, sino que también la tiranía. No queremos más gobierno, porque los gobiernos nos abrumen de impuestos; no queremos más ejército, porque los ejércitos nos degüellan; no queremos más religión, porque la religión ahoga las inteligencias (1).»

Toda la historia de la *Internacional* iba en lo sucesivo á consistir en el desarrollo de estos proyectos destructores y de estas palabras facciosas. Los que dominaban eran Eugenio Varlin y Benedicto Malón, es decir, los violentos. En cuanto á los moderados, se eclipsaban ó cedían á la corriente, puesto que no la podían vencer. Como los cabecillas parisienses vivían en el temor de nuevas persecuciones judiciales y no siempre podían obrar, los suplía el consejo general de Londres, el cual se componía principalmente de refugiados que pensaban ya en lo que harían una vez derribado el Imperio (2). Al disminuir la vigilancia que siguiera al proceso, las afiliaciones volvieron á continuar. Al principio los grupos se habían formado por profesiones y este reclutamiento ofrecía alguna garantía, por cuanto las personas del mismo oficio tienen intereses comunes, é instintivamente los discuten más bien que la política: los nuevos grupos se hicieron por barrios, desapareciendo así toda huella de agregación corporativa. De este modo sólo se tuvieron soldados dispuestos para los trastornos. Antes, las admisiones iban precedidas de una investigación que tenía por objeto apartar los falsos obreros ó los hombres demasiado viciados: en adelante, todas estas precauciones serían tenidas por superfluas, y la única preocupación consistiría en engrosar las filas. La idea primitiva había sido no admitir en la asociación sino á los trabajadores manuales: en el afán de engrosar el ejército, admitieron á estudiantes, á abogados, á periodistas, á todos los que de palabra ó por escrito atizarían la sedición. La última transformación se consumó cuando el consejo general de Londres autorizó las agregaciones colectivas. Entonces admitieron en masa sociedades obreras, sociedades de socorros mutuos, círculos de estudios sociales, afiliaciones de toda clase, y, como arroyos que afluyen al mismo río, todas aquellas aguas turbias se vertieron en la gran corriente de la *Internacional*.

En provincias el desarrollo fué casi el mismo. La verdad es que ciertos centros industriales, como Lilla y la cuenca carbonífera de Valenciennes, permanecieron refractarias á la propaganda. Observóse también que los obreros normandos, después de haber acogido con entusiasmo las primeras predicaciones, se cansaron de descontar de sus salarios dinero con que pagar las huelgas, y se separaron en gran número. Pero en Roubaix, en Lyon, en la cuenca de Saint-Etienne y en Marsella, el éxito fué completo (3). En esto llegó el otoño de 1869. Entonces se celebró en Basilea el cuarto congreso. Los congresistas repitieron contra la propiedad individual la excomunión formulada el año anterior en

(1) Véase la acusación del abogado imperial Aulois, tercer proceso de la *Internacional* (*Gazette des Tribunaux*, 23 de junio de 1870).

(2) Véase el tercer proceso de la *Internacional* (*Gazette des Tribunaux*, 23 de junio de 1870).

(3) Véase el informe del prefecto del Norte de 15 de julio de 1871, y el del prefecto del Sena Inferior de 26 de julio de 1871 (*Enquête sur l'insurrection du 18 mars*). Véase también el informe del Sr. de Sugny, pág. 4 (*Enquête sur le 4 septembre*).

Bruselas. Sin embargo, por una singular inconsecuencia, los que abolían la propiedad vacilaron en abolir igualmente la herencia. Mientras tanto, la asociación crecía. Se ha dicho que á fines del Imperio contaba en París setenta mil socios, y que en toda Francia había doscientos mil (4).

Estos progresos de la *Internacional* están relacionados con los últimos meses del reinado, y volveremos á encontrar esta asociación famosa al final de nuestro relato. Pero ya en 1869 aparecen con rasgos bastante distintos para poderla describir. Muéstrase ya con sus filas engrosadas, con su programa ampliado, con su fin claramente acusado que consiste en transformarlo, ó más bien en trastornarlo todo. Tiene su divisa, divisa singular imitada del lenguaje bursátil; y sus afiliados se diseminan por todas partes, hablando de *liquidación social*, como si no hubiese más que pronunciar la bancarrota del antiguo mundo y repartir sus despojos. En dos procesos sucesivos el gobierno ha perseguido á la sociedad como ilícita y la ha declarado disuelta. Pero ha sido corta su previsión é ilógica su severidad; porque al mismo tiempo que castigaba á los apóstoles, daba licencia para erigir las cátedras desde las cuales se propagaría el apostolado.

VI

Los parisienses que, en octubre de 1868, volvieron á la capital después del veraneo, asistieron á un espectáculo que los sobrevivientes no han olvidado. Varias veces por semana, de un extremo al otro de la ciudad, los salones de baile, de concierto, de gimnasia, se disponían como para un parlamento. De todos aquellos sitios salía un agitado rumor de declamaciones, de interrupciones y de imprecaciones. La simple iniciativa de algunos ciudadanos había alquilado el local, trazado la orden del día, erigido la tribuna y convocado la asamblea. Los que tomaban la palabra, estudiantes, obreros ó burgueses, no debían su mandato sino á su propia osadía. Al día siguiente, los periódicos publicaban extractos de arengas, doblemente incoherentes por sí mismas y por el tumulto que no había permitido sino una incompleta reproducción. Los oradores eran desconocidos, y su fama, que pronto había de forjarse á golpes de violencia, no pasaba del café que frecuentaba ó del taller en que suponían trabajar. Lo que se retenía de los discursos dejaba la impresión de una presunción inmensa, de una inexperiencia mezclada de necesidad, y de una perversidad que aún se contenía hábilmente. En ninguna época hubiera pasado inadvertida semejante licencia. El recuerdo de largos años silenciosos hizo más impresionable el contraste. Hemos vuelto á los clubs de 1848, dijeron tristemente los testigos de los regímenes anteriores. En lo cual se engañaban, pues 1848 era dejado muy atrás.

Toda aquella agitación tenía por origen la *ley de las reuniones públicas*, á cuyas primeras aplicaciones se asistía. Justo es consignar que al principio se hicieron laudables esfuerzos para oponer sanas doctrinas á las utopías, y la fraternidad á la violencia. Laboulaye presidió

(4) Declaración de Moutón, página 230; declaración de Fribourg, página 573 (*Enquête sur le 18 mars*).

una reunión en el arrabal de San Marcelo. Varios economistas, recomendables por su saber y por su inteligencia, procuraron provocar debates contradictorios en que las opiniones opuestas pudiesen exponerse con calma: tales fueron los señores Garnier, Molinari y Federico Passy. Un pastor protestante, el Sr. de Pressensé, concibió igual proyecto en el orden religioso; y varios católicos, entre los cuales figuraban los señores Lenormand y Esteban Recamier, no vacilaron en presentarse al lado de sus adversarios, á quienes propusieron una leal inteligencia para los preparativos de las reuniones y para la constitución de la mesa: una tolerancia recíproca aseguraría á todos la libertad de la palabra, y el auditorio afirmaría por medio de una orden del día sus resoluciones.

¡Ay!, una corta experiencia desorientó pronto aquellos valerosos propósitos. Las consideraciones de los economistas se perdieron en el ruido y la burla. El cristianismo del Sr. de Pressensé, aun ofrecido bajo el aspecto más reformado, fué considerado como superstición. En cuanto á los católicos, se ingeniaron con más buena voluntad que fortuna en meter un poco de religión bajo mucha democracia. El público aplaudía á la democracia, aunque con recelosa sorpresa; á la primera palabra de religión estallaba la gritería, con tal fuerza que no había pulmones capaces de dominar el tumulto. En tal situación, los oradores no tenían más recurso que hinchar su liberalismo y coger al vuelo alguna alusión política muy transparente, como por ejemplo una alusión al 2 de diciembre. La oportuna diversión no dejaba nunca de producir su efecto, y, merced al favor por un momento reconquistado, se operaba la retirada sin grandes dificultades ni averías.

Desde principios del invierno los demagogos de todo matiz habían hecho fabla rasa. Aun tenían que soportar algunas contradicciones, pero raras, parciales, fáciles de ahogar. Desde aquel momento pudieron, sin temor á estorbos, emprender la educación del pueblo.

Las lecciones habían de ser bastante frecuentes para que entrasen en los cerebros más recalcitrantes. Los puntos de reunión fueron hábilmente distribuidos, á fin de asegurar una igual difusión de luces. El barrio de San Germán tuvo el Pré-aux-Clercs; el barrio Mouffetart tuvo el Vieux-Chêne; el de La Chapelle, el salón Molière; Montmartre, la sala de la Revolución; Belleville la de la calle de París. En el corazón mismo de la ciudad, las tribunas se alzaron en el Vaux-Hall y en la Redoute. Siendo el fin igual en todas partes, se había considerado que la variedad era superflua. Se veían más paletós en el Pré-aux-Clercs, y más blusas en el bulevar Rochechouart ó en el de La Chapelle; el aspecto era más amenazador en Belleville y más sórdido en el arrabal de San Marcelo. Aparte de esto, todos los clubs se copiaban unos á otros. A eso de las ocho, un gentío más ó menos presuroso se metía por los pasillos económicamente alumbrados. Había en la puerta, como en la entrada de una iglesia, varios demandadores que tendían la bandeja para los gastos de la reunión. A primera vista, todo ojo medianamente ejercitado hubiera clasificado á los oyentes. Había los directores que organizaban los puestos, ordenaban los discursos, preparaban la sección de alabarderos y desenmascaraban á los intrusos. Había los militantes, especie de guardias de corps, se-

midiscipulos, semisostenedores, que, á modo de tropa mandada, se movilizaban á voluntad y tan pronto bajaban hacia el centro de la capital como volvían á subir hacia los arrabales: no se aglomeraban en la sala, sino que se dividían en pequeños grupos que correspondían entre sí de un modo casi estratégico: era el personal ambulante de las reuniones públicas, verdaderos gendarmes del desorden, siempre alerta, é igualmente dispuestos á aplaudir, á vociferar ó á combatir. Había, en fin, la gente del barrio, que formaba la inmensa mayoría, como era natural, puesto que la función se daba para su mayor instrucción. La mayor parte iban á esas reuniones por curiosidad, por el vago atractivo de las cosas malsanas. No razonaban mucho; pero allí habría escándalo; se dirían pestes del gobierno, de los patronos, de los municipales... Estas perspectivas despertaban en ellos todo lo que un buen parisiense abriga en materia de instintos rebeldes. Y el espectáculo era gratuito, y hasta sería productivo, si se tenía en cuenta la economía de fuego y de luz en las interminables veladas de invierno.

La puntualidad, esa cortesía de los reyes, era raramente la de los oradores, y la espera carecía de dignidad. Una de las diversiones favoritas consistía en imitar los gritos de los animales, y especialmente el canto del gallo. Los clubistas de las galerías altas se divertían también mucho tirando cortezas de naranjas ó cáscaras de castañas sobre los oyentes del patio. Estos contestaban con injurias, y á veces se limitaban á abrir sus paraguas, lo cual hacía reír en grande. Pequeños grupos se aventuraban á cantar en voz baja la *Marsellesa*, lo que entonces parecía el colmo del cinismo y de la temeridad. De vez en cuando, ya por sospecha real, ya por diversión, algún espectador taciturno y más atento que los demás era denunciado como agente de la policía secreta. Inmediatamente el infeliz era echado de banco en banco hasta la calle. La sesión se abría en medio de aquel alboroto. El presidente no dejaba de recomendar la calma propia de «una asamblea deliberante», según él decía. Afirmaba que toda Francia tenía los ojos puestos en la reunión, y ponía á los leales en guardia contra los «agentes provocadores.» A un extremo de la mesa presidencial había un hombre sentado, solitario, como un buque en cuarentena. Con una ofensiva afectación, las sillas se alejaban de la suya, y de todas partes le señalaban con el dedo. Bromas tontas, puerilidades siniestras, todo parecía de buena guerra contra él, y de vez en cuando se alzaba una voz, desde el fondo del salón, declarando que había que ahorcarlo. Aquel hombre era el comisario de policía. Su papel consistía en vigilar los discursos, denunciar las extralimitaciones y hacer constar los delitos: en caso de peligrar el orden público, tenía derecho á disolver la reunión. Eran los moderadores y los mártires de la misma: «Les tengo lástima», dijo un día Julio Simón en el Cuerpo legislativo. «Y yo les alabo», replicó el ministro del Interior. Ambos tenían razón. Eran dignos de alabanza y de lástima; pues, solos contra todos, representaban la ley y, en el cumplimiento de su deber, corrían varios riesgos, el principal de los cuales era el de ser apaleados.

A los pueblos les gustan los grandes asuntos como les gustan los grandes dramas. Los asuntos eran tan

vastos que hubieran podido abarcar el mundo entero. En los diversos barrios de París se inscribieron sucesivamente en la orden del día *la instrucción y la educación del niño, el trabajo de las mujeres, la herencia, el divorcio, la huelga, el capital y el interés, el salario, la lucha del hombre contra la naturaleza, los privilegios...* La ignorancia tiene serenidades y audacias increíbles. Quizá también sus preferencias eran calculadas, pues cuanto más extensa fuese la materia, más difícil sería precisar sus confines. Todo podría entrar en ella sin fractura, y muy particularmente los asuntos que la ley había entendido reservar, á saber, la política y la religión.

Desde luego, el gobierno fingió ignorar los excesos. Habiendo concedido la libertad de reunión, no quería retractarse ni dar á entender que retiraba lo otorgado. Estimaba que sus adversarios, al darse á conocer, provocarían la burla y el desprecio. La tolerancia se fundaba en otra esperanza, en la de que las discusiones políticas originarían mortales discordias entre los jefes de la demagogia. Sobre esto los oficiosos referían cierta leyenda irlandesa en que dos gatos, los gatos de Killenny, habían reñido con tanta furia, que en el sitio del combate no se habían encontrado más que los rabos. Lo mismo iba á suceder con los corifeos de las reuniones públicas. Comunistas, socialistas, mutualistas, hebertistas, todos se devorarían mutuamente. Cuando todos aquellos falsos amigos del pueblo se hubiesen destruido, quedaría una imagen única, la de Napoleón, el único hombre que quería realmente á los obreros y era capaz de hacerlos felices.

Por tanto, los programas pudieron ser enunciados libremente, y se puso á descubierto lo que hasta entonces se había tratado en los conciliábulos secretos de algunos hombres de alma depravada.

En vano se hubiera buscado alguna doctrina en aquellos programas en que no había más que odios. Estos, en cambio, eran tantos que la principal dificultad estaba en clasificarlos. ¿A quién odiaban más, á Dios ó al César? Parece que Dios tuvo el privilegio del primer lugar. Había constante empeño en dejar atrás á la impiedad rutinaria y en llamar la atención con blasfemias inéditas. Después del amo de arriba, el amo de abajo, es decir, el emperador. El arte supremo consistía en no nombrarlo, pero en designarlo siempre. No había asunto que no condujese en seguida á hablar del monarca. Lo poco que se sabía de la historia lo acomodaban á su persona. Llamábase Tiberio, Calígula: los más eruditos hablaban de Heliogábalo. Los primeros días los clubistas se limitaron á denunciar el *diez y ocho brumario*, pero, aumentando en audacia, no tardaron en condenar el *dos de diciembre*. El *dos de diciembre* vino á ser un lugar común salvador para los oradores escasos de argumentos y de palabras. Bastaba que la frase fuese lanzada con cierta sonoridad de voz ó arrastrada con un temblor convencido para que estallasen en seguida los aplausos. El éxito se completaba si el orador designaba con un gesto vagamente amenazador á las Tullerías, y con otro gesto al comisario de policía. Los más listos no se detenían en tan buen camino. Al emperador asociaban la soberana. A este fin las invenciones no dejaban de ser fecundas. Ciertos cargos se repetían diariamente. Uno de los más habituales consistía en señalar á pobres obreras, que nadie nombraba, pero de

las cuales se decía que habían muerto haciendo corsés y sombreros para la emperatriz.

Todos los liberales eran envueltos en el mismo odio. «La moderación es la muerte», decía Peyroutón en la sala de la Redoute (1). Burlábanse sin piedad de «los Diafoirus del pensamiento», que querían «curar el cuerpo social con agua bendita, cuando sería preciso aplicar el hierro y el fuego (2).» Una de las máximas favoritas era proclamar que los que representaban el número tenían el derecho de ser déspotas: para reformar el derecho público, bastaba invertir las fórmulas viejas y poner la palabra *pueblo* dondequiera el antiguo régimen había puesto la palabra *rey*. De igual reprobación eran objeto los hombres de 1848, los cuales habían cometido faltas imperdonables, la de no proscribir, la de fracasar y, sobre todo, la de creer en Dios. La hostilidad se extendía á todos los individuos de la oposición del Cuerpo legislativo: cada uno de sus actos era juzgado con una mezcla de burla, de envidia y de cólera. Garnier Pagés era calificado de «vieja marmota», á Picard le llamaban el «regordete», y el epíteto se propagaba con largos gruñidos de buen humor. En cuanto á Marie, el hombre de los *Talleres nacionales*, se le comparaba con el Sr. de Falloux, lo que constituía el último grado de la injuria. El *Siècle* era tratado con desprecio, lo mismo que Havin, que acababa de morir en brazos de un cura, acabando así de poner su periódico y de ponerse á sí mismo al nivel de los débiles. De los jefes vivos ó muertos de la democracia, había dos, sobre todo, que tenían el privilegio de la impopularidad; estos eran Cavaignac y Julio Favre. Este ofuscaba con sus altiveces y se mostraba más elocuente de lo que uno debe serlo en una democracia igualadora; aquél había mandado las represiones de junio: de modo que el uno era odiado como un pontífice, y el otro era maldecido como un verdugo.

Aquellas almas que rebosaban odio, mantenían, sin embargo, un culto, el de los grandes antecesores de 1793. De ellos se copiaba la fraseología sentimental y la retórica solemne. Se deseaba que la historia de aquella época fuese contada á los niños en forma de un catecismo cívico. Ningún acto era repudiado, ni siquiera las matanzas de septiembre. En el *Pré-aux-Clercs*, como un orador se atreviese á desaprobarnos, el presidente lo llamó al orden diciendo: «No permitiré que insulten una de nuestras grandes fechas revolucionarias (3).» A las apologías se añadían las pueriles imitaciones. Un día, los ciudadanos reunidos en el *Vieux-Chêne* se enteraron con agradable sorpresa de que no se encontraban en enero de 1869, como afirmaban los reaccionarios, sino en el año LXXVII de la República francesa. Esta información sensacional arrancó bravos y palmas, y se tuvo la persuasión de que los periódicos adoptarían pronto la era nueva. En medio de aquel acuerdo subsistía una divergencia. ¿Quién merecería la preferencia, Robespierre ó Hebert? Discutióse más de una vez sobre uno y otro como devotos sobre su santo favorito. Creo que Hebert obtuvo mayoría. Este era hom-

(1) Véase el proceso Peyroutón, 22 de enero de 1869 (*Gazette des Tribunaux*, 23 de enero de 1869).

(2) Proceso Brisson, 5 de febrero de 1869 (*Gazette des Tribunaux*, 6 de febrero de 1869).

(3) E. de Pressensé, *Les Leçons du 18 mars*, pág. 193.

bre de más puños, y además no había proclamado al Ser Supremo.

No es que estas insensateces no suscitasen algunas veleidades de protesta. Los clubs que tenían sus Eros-tratos tenían también sus prohombres. Cuando los unos maltrataban á la Iglesia y á los jesuitas, los otros aplaudían á rabiarse; pero cuando el ataque subía directamente hasta Dios, los prohombres se callaban. Cuando los primeros denunciaban á los grandes capitalistas ó á las grandes compañías, los segundos se alegraban en extremo; pero si la expoliación se hacía extensiva al suelo, aplicaban el oído, creían haber comprendido mal y, si no se hallaban rodeados de gente muy feroz, esbozaban un principio de murmullo. Los prohombres odiaban al antiguo régimen y, á puerta cerrada, declamaban como nadie contra el golpe de Estado; pero 1793, el 21 de enero, la guillotina, Marat, Hebert, todo esto les causaba un ligero estremecimiento de horror. Los prohombres eran tímidos, tenían que los expulsaran, que los apaleasen, que les llamasen espías, jesuitas y girondinos, y aun cuando representaban el número, cedían ante los Erostratos que representaban el ruido. De todas las teorías, las únicas que los encontraban del todo refractarios eran las que destruían la familia ó abolían explícitamente la herencia; entonces experimentaban grandes tentaciones de energía y hasta se atrevían á lanzar interrupciones. Es que tenían apego á su hogar, á las reliquias de sus muertos, á todas esas cosas que el parisiense más pervertido conserva en su corazón.

Los que creían ser trágicos, á menudo no eran más que cómicos. Antes de caer en el drama que no había de tardar en llegar, patearon en la farsa. Un día del mes de noviembre de 1868, en el Pré-aux-Clercs se discutió la cuestión del matrimonio. El Sr. de Pressensé defendió la indisolubilidad del lazo conyugal, pero en medio de silbidos. El mismo divorcio pareció un remedio insuficiente para la inconstancia de los cónyuges: era una solución mala como todas las soluciones á medias, y, según la expresión de uno de los oradores, un *expédiente orleanista*. Como pareciesen disipadas todas las viejas preocupaciones, el zapatero Gaillard subió á la tribuna y celebró «el concubinato como el verdadero matrimonio del hombre honrado (1)». Después de haber hecho girones la moral y el buen sentido durante dos sesiones, se organizó un voto. El escrutinio fué memorable. La mayoría condenó el matrimonio indisoluble y el divorcio. Parecía que sobre esta doble ruina había de triunfar el sistema de la unión libre. Pero cuando se puso á votación, muchos retrocedieron ante la enormidad, y un tercer voto negativo siguió á los dos otros. Proscritos por igual el matrimonio, el divorcio y el concubinato, ¿qué quedaba sino el celibato universal? La sesión acabó en risa estrepitosa, y hasta las altas horas de la noche el clamoreo de los transeuntes turbó la calma de las calles silenciosas del barrio de San Germán.

Poco tiempo después, en el *Vieux Chêne* se presentó otra explosión igual de perversidad burlesca. Se había puesto á la orden del día la *moral y la enseñanza de los jesuitas*. El asunto no era nuevo; pero resultó del

(1) Proceso Gaillard, 22 de enero de 1869 (*Gazette des Tribunaux*, 23 de enero de 1869).

todo original por las cosas imprevistas que se oyeron. Súpose que el primer jesuita fué Moisés, quien al bajar del Sinaí las tablas de la ley puso las primeras trabas al pensamiento humano. Presentóse un erudito que habló de la conspiración de la pólvora y de la doctrina del regicidio: de aquí un gran escándalo entre los que el día antes, en Belleville, habían conmemorado el 21 de enero. Aachacáronse muchas otras cosas á la famosa orden, y particularmente el haber formado á Voltaire. ¿No había afirmado éste, en varias ocasiones, que se necesitaba religión para el pueblo? Varios jóvenes, antiguos alumnos de los jesuitas, habían acudido á la reunión con la idea de defender á sus antiguos maestros. Uno de ellos, llamado Jacquier, logró subir á la tribuna y con voz vibrante, con acentos de agresión audaz y tesoros de ironía indignada, burlóse de la ignorancia y denunció la calumnia. Bajo la impresión de la sorpresa, el auditorio subyugado guardó silencio. Pero la calma no duró más que un momento. Pronto volvió á desbordar el torrente de las insensateces. De todos los discursos, podía decirse lo que Mazzoni dijo de uno de los personajes en *Los Prometidos Esposos*: «Sus palabras carecían de sentido y hasta no parecían tenerlo.»

No basta ser ridículo para ser inofensivo. Después de tres meses de paciencia, el gobierno se decidió á obrar con severidad. En enero de 1869 empezaron los primeros procesos. Las contravenciones señaladas eran generalmente el ultraje á las buenas costumbres y á la moral religiosa, el ataque al principio de la propiedad y de la familia, la excitación al odio y al desprecio de unos ciudadanos con otros. Pero la solicitud era ya tardía. En aquella experiencia de la ley de reunión, todo fueron desengaños y dificultades para el poder.

Este había contado con que la viva imagen de los peligros demagógicos acercaría á él á los imperialistas tibios ó á los conservadores indecisos. El único resultado fué difundir una duda sobre la sensatez de un gobierno que, después de haber proscrito tantas palabras moderadas, toleraba tantas palabras facciosas. Mientras tanto, la oposición republicana en el Cuerpo legislativo se irritaba mucho: acusaba al Imperio de repetir un procedimiento antiguo y agitar de nuevo el *espectro rojo*. No cesaban de repetirlo Julio Favre, Picard, Garnier-Pagés y sus amigos.

Fiado en el buen sentido público, el emperador se había persuadido de que los obreros sabrían reunirse para discutir sus intereses materiales ó adelantar en su instrucción. La idea no hubiera sido quimérica si los trabajadores del mismo ramo se hubiesen hallado mutuamente unidos por antiguos y sólidos lazos corporativos. Entonces, éstos, naturalmente, se hubieran agrupado por profesión y preocupados de sus asuntos comunes, hubiesen escapado quizá á la necesidad de reformar el mundo. Pero esta organización no existía; lo poco que se había creado lo había sido por manos dudosas. En las salas de reunión se congregaron, pues, gentes de todos oficios, y sobre todo de ningún oficio, sin saber lo que querían, pero vagamente deseosos de cosas sensacionales. ¿De qué habían de ocuparse sino de la política, de la propiedad, de la religión?

En las regiones oficiales se había acariciado la esperanza de que, autorizando los debates públicos, se suprimieran los conciliábulos clandestinos: y sucedió lo

contrario. Había necesidad de determinar previamente el día, el sitio y el programa de cada sesión, y de aquí nació para los agitadores la costumbre de reunirse en comités preparatorios. En estos comités limitados se ensayaba el aparato escénico próximo, los clubistas aprendían á conocerse, contaban sus fuerzas y hasta hacían cálculos sobre los actos que en un porvenir más ó menos lejano habrían de seguir á las palabras. De modo que el peligro nuevo, en vez de suprimir al antiguo, lo avivó. El libertinaje fué doble: hubo el de la mañana, á puerta cerrada, y el de la noche, que se manifestaba en público.

De todas las consecuencias de las reuniones, la más lastimosa fué que no tardó en haber una treintena de hombres, entre oradores é individuos de mesa, que se arrogaron el imperio sobre los auditorios de los clubs. Todo el que hubiese oído con serenidad á aquellos nuevos tribunos se hubiese asombrado de semejante entusiasmo, porque sus cerebros, cargados de sofismas, se descargaban con dificultad; sus ideas eran de corto alcance; su lenguaje muy pobre; su método, si es que lo tenían, se reducía á un plagio de todas las violencias pasadas; su proliación tan pronto se apresuraba con una volubilidad que acusaba las inquietudes de su memoria, como se desenvolvía con una pretenciosa lentitud, prolongándose con solemnes trémolos en la voz. Algunos oradores afectaban, por el contrario, la frase sentenciosa, la brevedad dictatorial, y, después que habían encerrado muchas necedades en un estilo lapidario, se figuraban haber emulado á Montesquieu. Donde faltaba talento sobraba pasión. Ya sonaban algunos nombres, tales como Napoleón Gaillard, Abel Peyroutón, Ferré, Duval, Briosne, Ranvier... Entre ellos se distinguía un joven del cual no se sabía si calificarlo de loco peligroso ó de pervertido. Llamábase Raúl Rigault. Todos forjaban su celebridad en las reuniones públicas. En torno de estos corifeos de los clubs se agrupaban todos los amantes de la pereza y de la retórica, todos los refractarios de la familia ó del taller, todos los vanidosos hasta la personalidad aguda, todos los envidiosos hasta el delirio, todos los malsanos de espíritu. El imperio creía haber levantado espantajos para los conservadores y no había hecho más que preparar jefes para la sedición.

VII

He procurado describir el terrible empuje del radicalismo y de la impiedad que, hacia fines del reinado, ejerció presión por todas partes sobre la sociedad imperial. La mayor desgracia del imperio fué que su fuerza de resistencia disminuyó á medida que aumentaron sus peligros.

La principal debilidad era la del soberano. La Constitución había acumulado sobre él todas las responsabilidades, como si nunca hubiese tenido que cansarse ni morir, y durante mucho tiempo había sostenido esa carga abrumadora con una gran facilidad aparente. Había sido el hombre de los sofismas elocuentes y de las faltas triunfales. Había dominado á Francia y hablado á Europa con una seguridad tan tranquila que los más perspicaces habían vacilado, prefiriendo poner en duda su propia sensatez á negar su infalibilidad. Los que, en el extranjero, le habían conocido á fondo, se habían

guardado bien de descubrirlo, descosos como estaban de prolongar un error de que habían de sacar provecho. Ahora, todas las falsas máximas, proclamadas á un tiempo, daban á un tiempo también sus frutos. Lo peor era que entre el momento de las faltas y el del castigo habían transcurrido dos años. Sucedió, pues, que el monarca, después de haber desplegado todo su vigor en extraviarse, no encontraba ya más que energías debilitadas cuando se trataba de volver al buen camino. En la época que describimos, su cuerpo entorpecido cedía bajo su propio peso. Más por hábito que por afán de dominación, evocaba aún toda clase de cosas, pero su mano dejaba caer de nuevo lo que había levantado. Pa-



Ernesto Picard

ra los días de gobierno fácil se había tenido un soberano joven, popular, en plena madurez. Ahora que por todas partes la tarea se complicaba, el que soportaba todo el peso no era más que un príncipe gastado, casi un anciano.

Y este príncipe no podía contar con nadie. En torno de él empezaba esa gran soledad de los reinados que decaen. En tiempo de las primeras transformaciones liberales, el imperio había tenido su orador, Billault—y éste había muerto,—su consejero, Morny, y éste había muerto también. El orador había sido reemplazado, pero en torno del trono faltaba el consejero prudente y sagaz que quizá hubiera evitado ó atenuado las faltas. Cada año había dejado vacíos: un día la muerte había arrebatado á Thouvenel, otro á Fould... Se habían saludado hombres nuevos: Thuillier, cuya ardiente palabra fué proclamada un momento por la Cámara entusiasmada; Pinard, llamado por el favor del monarca al ministerio del Interior... Pero Thuillier no había hecho más que atravesar la escena y había muerto tras de larga agonía, y Pinard iba á caer en desgracia. Quedaba un hombre que recordaba los días del apogeo; este hombre era Waleswki; pero á su vez estaba destinado á desaparecer aquel año.